

## Una lectura del discurso de Blest Gana “La literatura chilena: algunas consideraciones sobre ella” (1861)

Laura Janina Hosiasson

USP

El novelista chileno del siglo XIX por antonomasia dejó muy pocos textos de reflexión sobre su quehacer literario, sobre su formación y sobre su idea de literatura de manera general. Restan un breve artículo publicado en 1859, “De los trabajos literarios” y su discurso de 1861, “La literatura chilena: algunas consideraciones sobre ella”. Mi interés aquí es mostrar cómo, leyendo ese discurso con algún cuidado, podemos detectar una serie de líneas de fuerza que sirven para caracterizar su modo contradictorio y ambiguo de entender el mundo y su literatura. Examinar con detalle la forma en que lo ha construido me parece importante porque allí se revelan pautas, tónicas y bemoles verificables como constantes en el resto de su producción.

El 3 de enero de 1861, Alberto Blest Gana se incorporaba formalmente y con una ceremonia oficial, como miembro de número de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile<sup>1</sup>, para ocupar la vacante que había dejado el joven letrado Juan Bello, tras una muerte prematura. Blest Gana ya había publicado ocho novelas<sup>2</sup> y llegaba con el prestigio de un reciente galardón el año antes: el primer “premio de novela en prosa” otorgado en esa misma universidad por su novela *La aritmética en el amor*<sup>3</sup>. Su trayectoria literaria incluía también una serie de artículos y crónicas publicadas en

---

<sup>1</sup> El miembro de número de cualquier asociación (en este caso la Facultad de Humanidades) tiene capacidad de voz y voto y algunas obligaciones estatutarias. No es lo mismo que miembro honorario, por ejemplo.

<sup>2</sup> *Una escena social* (1853), *Engaños y desengaños* (1855), *Los desposados* (1855), *El primer amor* (1858), *Juan de Aria* (1858), *La fascinación* (1858), *Un drama en el campo* (1859) y *La aritmética en el amor* (1859); muchas de ellas publicadas primero como folletines y después como libros.

<sup>3</sup> Este fue el único premio que Blest Gana recibió en vida, cuando tenía solamente treinta años. En el dictamen elaborado por José Victorino Lastarria y Miguel Luis Amunátegui se leía: “*La Aritmética en el Amor* es un fruto sazonado de un escritor ya veterano, que presenta, no su primer ensayo literario, sino una obra bien meditada y bien ejecutada, que descubre una larga práctica en el difícil arte de escribir”. Apud Silva Castro, R., *Alberto Blest Gana*, Santiago: Zig-Zag, 1955; p. 42.

diarios y revistas de la época<sup>4</sup>. El discurso que pronunció en esa ocasión es hoy conocido como su manifiesto personal en el cual, con el título “La literatura chilena: algunas consideraciones sobre ella”, sentaba las bases del programa del joven y promisor escritor que llegaría a ser considerado el creador de la novela chilena.

Blest Gana tenía por entonces treinta y un años, una sólida educación bilingüe inglés-española, una breve experiencia en el ejército como aspirante a militar y la convicción de que su destino eran las letras. El proyecto de construcción de una literatura nacional era compartido por él y sus hermanos, Joaquín y Guillermo, los tres<sup>5</sup> conscientes de que la clase a la que pertenecían suponía obligaciones y deberes para con el porvenir de la patria joven; eran “los intelectuales patricios dominados por el modelo renacentista del letrado”<sup>6</sup>. Como lo muestra su biografía, ese destino literario se vio desviado por un largo intervalo durante el cual, tras ocupar una serie de cargos públicos en Chile, se dedicó de forma integral a su carrera diplomática en el exterior, primero en 1866 enviado a Washington, de ahí a Inglaterra y por fin, desde 1867 a 1887 como Ministro Plenipotenciario en París, ciudad donde residiría hasta su muerte, en 1920. Sólo después de ese paréntesis considerable de veinte y cinco años, tras abandonar el servicio diplomático, Blest Gana retomaría su pluma, siempre desde Francia, para escribir todavía cuatro novelas.<sup>7</sup>

---

<sup>4</sup> Blest Gana publicó artículos con diferentes pseudónimos en periódicos y semanarios como *El Museo* (1953), dirigido por el amigo Diego Barros Arana; *La Semana* (1859-1860); *La Voz de Chile* (1862-1864) y *El Independiente* (1864-1891). Una selección de esos ensayos fue editada por José Zamudio, en 1947, con el título *Costumbres y viajes. Páginas olvidadas de Alberto Blest Gana*. (Santiago: Ed. Difusión) y, más tarde, en 1956, Raúl Silva Castro realizó otra reunión en *El jefe de familia y otras páginas*. (Santiago: Ed. Zig-Zag).

<sup>5</sup> No eran los únicos hermanos del escritor que fue el tercero de los once hijos del médico inmigrante irlandés William Blest y de doña Luz Gana, de familia influyente de Santiago.

<sup>6</sup> Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Tierra firme/fondo de Cultura Económica, México:1989; p. 9.

<sup>7</sup> *Durante la reconquista*, de 1887; *Los trasplantados*, de 1904; *El loco Estero*, de 1909 y *Gladys Fairfield*, de 1912.

1861, el año del discurso que aquí nos ocupa, además de marcar la consolidación del escritor como “padre de la novela chilena”<sup>8</sup>, pauta también en Chile el término de un periodo de tres decenios de gobiernos conservadores y autoritarios. Al no lograr elegir a su sucesor, el gobierno de Manuel Montt le cedía el paso –no sin una serie de enfrentamientos violentos- a otros treinta años de gobiernos menos rigurosos, sostenidos gracias a complicadas alianzas estratégicas entre liberales y conservadores que culminarían con el suicidio del presidente Balmaceda, en 1891. Un Chile de conciliaciones y de acuerdos entre bandos políticos rivales que se ve tan bien representado por este escritor afecto a mantenerse en un equilibrio sensato que será una de sus características constantes, tanto en su labor de hombre público como en su quehacer literario<sup>9</sup>.

El famoso manifiesto programático blestganiano ha sido leído y ya muy citado como marco de viraje en la literatura chilena (GÓIC, 1968; CONCHA, 1977 y otros). Allí aparece formulada la idea compartida por todas las generaciones de intelectuales liberales latinoamericanos del siglo XIX - J.V. Lastarria (1842), pasando por el hermano, Joaquín Blest Gana (1848), por el mexicano Ignacio Altamirano (1868) y por Machado de Assis (1873), en Brasil, postulan la misma convicción<sup>10</sup>- de que la literatura debe

---

<sup>8</sup> La expresión la acuñó primero Hernán Díaz arrieta (Alone). Ese era el inicio del trienio en el cual publicaría dos de sus novelas más conocidas: *Martín Rivas*, en 1862, y *El ideal de un calavera*, de 1863.

<sup>9</sup> Este aspecto conciliador lo nota gran parte de la crítica blestganiana, desde Pedro Nolasco Cruz, en 1940. Jaime Concha analiza que: “Como siempre, Alberto Blest Gana se ubica en un punto intermedio, ecuanímente, lo que le permitirá juntar en *Martín Rivas* y en otras novelas ambas formas de conducta política, mostrar su contradicción, refutando la moderación con la exaltación y viceversa...Logra así sensibilizar en sus relatos lo que ocurría en la realidad social de su tiempo y en su propia familia: que, en lo que a liberales toca, los dos extremos se frotan entre sí, se embotan mutuamente. [...] Táctica de diplomático más que táctica de narrador!” Concha, J, “Prólogo” a A. Blest Gana, *Martín Rivas*, Caracas: Ayacucho, 1977; p. XIV.

<sup>10</sup> Lastarria, José Victorino, “Discurso de 1842 en la Sociedad Literaria” en [www.memoriachilena.cl](http://www.memoriachilena.cl) ; Blest Gana, Joaquín “Tendencia del romance contemporáneo” en *La Revista de Santiago*, Tomo 1°, Santiago: Imprenta chilena, 1848; p. 242. [www.memoriachilena.cl/602/w3-printer-79035.htm](http://www.memoriachilena.cl/602/w3-printer-79035.htm); Altamirano, Ignacio M., “La literatura nacional”, en Klhan N. y Corral, W. (comp.), *Los novelistas como críticos*, México: Fondo de cultura, 1991; pp. 59-76; y Machado de Assis, “Notícia da atual literatura brasileira. Instinto de nacionalidade”, in *Obra Completa*, vol III, Rio de Janeiro: Aguilar, 1962; pp. 801-809.

dejar de ser extranjera y transformarse en vehículo de la nacionalidad. Blest Gana defenderá además con énfasis que el género llamado a realizar esa transformación es la novela.

Pero junto a estas dos premisas más evidentes, circulan en el manifiesto otros vectores que no por menos obvios dejan de ser cruciales para la elaboración de un perfil del escritor y de su ideario.

Toda la primera cuarta parte está dedicada a la memoria del joven profesor que lo había antecedido en la Universidad de Chile y que acababa de fallecer en Nueva York. Esa semblanza es una fórmula bastante cristalizada en los discursos de ingreso en sociedades o asociaciones de variada naturaleza. Aquí, nuestro orador la asumía explicitándola como un deber y, claro, aprovechando el elogio del otro para espejarse en él y justificar así, subliminarmente, la sucesión. Por detrás de las palabras de aprecio había una obvia voluntad de identificación con su antecesor que incluía también la apariencia como requisito importante. Así lo comprueban algunos testimonios sobre su persona y los narradores de su ficción, siempre atentos al aspecto físico de los personajes.

En Juan Bello, sólo cinco años mayor que él, se detiene en la “belleza física, juventud, carácter expansivo y amistoso, índole fácil y distinguida maneras” que coinciden con sus propios atributos físicos y con su porte y talante aristocráticos, como lo describen algunos de sus biógrafos<sup>11</sup> y como también se puede observar en los daguerrotipos que dan fe del elegante caballero.

---

<sup>11</sup>En la primera descripción física que se tiene del escritor, hecha por sus amigos Justo y Domingo Aleaga Alemparte, se lee: “Diez i seis a diez i ocho años atrás, se hacia distinguir, en los salones elegantes de Santiago, un joven de continente seguro i un tanto marcial, de modales correctos i desembarazados, que bailaba a la perfección, que sabia conversar amenamente con las mujeres i discretamente con los hombres (sic)”. En Alemparte, Justo y Domingo, *Los constituyentes de 1870*, Santiago: Imprenta de la Libertad, 1870; p. 610. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc3b686>. También hay una semblanza hecha por Hernán Poblete Varas quien lo describe a partir de testimonios familiares: “Era un hombre bien puesto, atrayente, de figura marcial y de fácil palabra prestigiada por los años pasados en Francia...” En *Alberto Blest Gana y su obra*, Santiago: Pehuén, 1995; p. 41.

Pero, por otro lado, así como acataba esa praxis retórica de la adulación, abdicaba de la falsa modestia que tan a menudo se anexaba a la otra en este tipo de ocasiones. Nada de “no me siento merecedor” o de “es una honra que no me esperaba”: Blest Gana se haría cargo del recado para poder pasar luego a los argumentos de peso anunciados en el título, sobre la literatura chilena.

La semblanza del hijo de Andrés Bello revela cierto ritmo sinuoso en el conjunto y sus proyecciones son más vastas de lo que aparentan. Los temas consignados parecen ir y venir, orquestando de a poco las líneas de fuerza del argumento mayor. A primera vista, pareciera haber un quiebre entre el contenido del primer párrafo y el segundo: de lo particular de la figura de Bello, apenas esbozada, se salta en forma abrupta a consideraciones generales sobre el lamentable estado de cosas, en lo que a la producción literaria local se refiere. Entonces va a retomar algunas cuestiones que ya había levantado él mismo en otros escritos anteriores sobre la distancia entre lo nacional y lo extranjero y sobre “la afición innata de muchos al cultivo de la inteligencia y al comercio de las musas”<sup>12</sup>. Lo primero, era el problema y lo segundo, la solución. Es decir, para sanear el problema de la falta de estímulo creativo en territorio nacional intelectualmente tímido y para construir un cuerpo literario vigoroso y salir de la sombra de la producción europea, había que ser fiel a eso que aquí define como ‘afición’ y que él había identificado antes como una “manía” de escribir (“si quieres ser algo, no te ocupes de ciertas opiniones, sigue tu manía.”<sup>13</sup>). En este caso, el aficionado, el maníaco había sido Juan Bello. O sea que la semblanza obligatoria que la situación discursiva requería se integraba orgánicamente a lo que Blest Gana había venido a decir en esta oportunidad.

---

<sup>12</sup> Alberto Blest Gana, “La literatura chilena: algunas consideraciones sobre ella” en Klahn & Corral (org.) *Los novelistas como críticos*, México: Ed. tierra Firme/Fondo de Cultura económica, 1991; p. 47. A seguir, todas las citas de este discurso son de esta misma procedencia.

<sup>13</sup> Blest Gana, Alberto, “Las Manías” (Revista *El Museo*, n°24, 1853), en Zamudio, José (org.) Blest Gana, A., *Costumbres y viajes. Páginas olvidadas*, Santiago: Ed. Difusión, 1947, pp. 37-47.

Desde las primeras líneas, se observa un Blest Gana ponderado, cuidadoso por demostrar una idea equilibrada y completa de la figura que describe, apreciando sus cualidades y observando sus debilidades. Se arriesga a afirmar incluso que a pesar del ímpetu y la predisposición natural a las letras, como poeta, Juan Bello había sido un fracaso que en cambio había logrado ciertos resultados en la oratoria y la prosa donde era posible apreciar su loable “afición al cultivo de la inteligencia” (p.47).

Bello había sido uno de esos “talentos secundarios” a los que Blest Gana se había referido en 1859, en un breve artículo titulado “De los trabajos literarios en Chile”<sup>14</sup>, donde defendía que la única manera de hacerle frente a la mediocridad local era incentivando esos talentos que, sin ser geniales, podrían contribuir a que la literatura nacional alcanzara madurez e independencia. El joven aspirante a escritor tenía una idea muy clara del carácter orgánico de cualquier sistema literario en el que “no es solo la luz de los planetas la que alumbra i fecundiza nuestro globo, sus satélites le envían también sus resplandores, su calor y su luz, contribuyendo al desarrollo magnífico de la creación...”<sup>15</sup>, para usar la metáfora estelar que esgrimía en ese artículo. Por otra parte, aunque la alusión a la importancia de esos autores de segunda línea que circundan a los grandes escritores, parecía preannunciar su futuro rol en la literatura chilena del siglo XIX, al mismo tiempo, le servía de escudo, en caso de que su trayectoria no resultase tan solar como llegó a serlo.

Blest había publicado desde 1853, seis pequeñas novelas con prácticamente ninguna proyección y poco apoyo de la crítica y del público. Es más, la *Revista Católica* había repudiado por impúdica y ofensiva su primera novela, *Una escena social*, en la que el protagonista se enamoraba de una joven

---

<sup>14</sup> Blest Gana, Alberto, “De los trabajos literarios en Chile” en Revista *La Semana* n°4, junio 11, 1859, pp. 51-52. <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-100681.html#documentos>.

<sup>15</sup>Blest Gana, Alberto, *op.cit*, p. 52.

amancebada y madre soltera... Todavía no había recibido el premio de 1860 por *La aritmética en el amor*, ni dado a público *Martín Rivas* que le granjearía la gloria y el reconocimiento más incondicionales. O sea que hasta 1859, año de ese pequeño artículo, la cuestión del propio valor era un dilema fuerte para quien se quejaba, en más de una carta a amigos, sobre la pobreza del medio intelectual chileno y la falta de incentivos para los jóvenes escritores inundados como él, de “afición” y de “manías” literarias.

En cierta medida, todo el discurso de 1861 será una continuación de las ideas esbozadas en ese artículo de dos años antes. Una vez realizado el esbozo de figura de Juan Bello, el texto se hace a la tarea de preparar un terreno en donde instalarse, con la previa descripción de la situación y del ambiente literario y la consecuente argumentación en favor del instrumento de opción: la novela. Es importante aquí insistir en que todo el discurso está sólidamente apoyado en ideas ya desarrolladas por voces del liberalismo chileno, desde los años cuarenta (la llamada generación del 42) y en este sentido es posible rastrear en él una nítida “genealogía de una conciencia liberal”<sup>16</sup> que se encuentra en la base de todo su ideario literario expuesto en este discurso y extendiendo su ramaje a lo largo de toda su obra de ficción.

Como resalta el historiador venezolano, Luis Ricardo Dávila, fue en el Chile de las décadas del treinta y del cuarenta del siglo diecinueve donde se concentraron la discusión, la elaboración y la difusión del sustrato discursivo liberal hispano-americano, gracias en gran medida a la llegada de inmigrantes europeos (Raimundo Monvoisin, Mauricio Rugendas, José Joaquín de Mora) y también de exilados argentinos de la dictadura de Rosas (Sarmiento, Alberdi, Mitre, Frías, Gutiérrez, López) y de otros países hispanoamericanos (Felipe Pardo y Aliaga, Andrés Bello y Simón

---

<sup>16</sup> Hago referencia aquí a uno de los capítulos de Bernardo Subercaseaux en *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, Tomo I, Santiago: Ed. Universitaria, 1997; pp. 15-34.

Rodríguez)<sup>17</sup>. El ideario liberal, al inicio muy anti español, abarcaba todas las esferas de la cultura, en su sentido más amplio: era una apuesta por organizaciones políticas laicas o por lo menos, desvinculadas de la intervención directa del clero, por una idea de justicia social y de igualdad de géneros, por la defensa del estudio y del estímulo a las ciencias y de su aplicación en la vida diaria y por la educación como vehículo *sine qua non* para el progreso de una nación libre. Evidentemente, hubo posturas liberales bastante desencontradas con respecto a esas premisas; como se sabe, en el siglo XIX hubo liberales y liberales<sup>18</sup>...Entre un Francisco Bilbao y otros más conservadores, como Juan María Alberdi, así como entre Lastarria y Bello, no fueron pocas las diferencias. En este sentido, será el discurso del joven José Victorino Lastarria, discípulo de Mora, de Bello y de Sarmiento, quien por ocasión de la fundación de la llamada Sociedad Literaria, en 1842, levantará muchas de las posturas liberales que nuestro autor recoge y direcciona hacia su defensa de la novela como medio de difusión privilegiado. Pero no nos iludamos, que este discurso no es político, o al menos no lo es en su superficie ni en su desarrollo. Se trata de un manifiesto literario.

Realizando un malabarismo discursivo bastante abrupto que lo lleva de la “ligera idea de la producción del malogrado joven Bello”<sup>19</sup> a la constatación de que la vida literaria chilena por esos años estaba despertando, el escritor va a discutir sobre los avances (“progresos”) paralelos entre historia política,

---

<sup>17</sup> Dávila Luis Ricardo, “La expresión literaria de la nación hispanoamericana” en *Revista chilena de literatura*, n°63, 2003; pp. 53-71.

<sup>18</sup> Como declaró José Luis Romero, en *Situaciones e ideologías en Latinoamérica* (1985), “nada parecía más difícil, cuando se analiza el pensamiento político latinoamericano del siglo XIX, que distinguir un conservador liberal de un liberal conservador”. Apud, González Stephan, Beatriz, *La historiografía literaria del liberalismo hispano-americano del siglo XIX*, Habana: casa de las Américas, 1987; p. 49.

<sup>19</sup> Para tener una idea de que esta opción por acotar la semblanza y pasar a otro tema en el discurso no era lo habitual. El propio Juan Bello, al asumir el cargo en 1855, le había dedicado todo su discurso a su antecesor, el latinista y magistrado, Ventura Cousiño y a sus ideas sobre educación pública; asimismo, el historiador Alejandro Fuenzalida Grandón, quien sucedería a Blest Gana en 1921, pronunció un discurso integralmente dedicado al escritor, en “Algo sobre Blest Gana i su arte de novelar”. Ambos textos en [www.uchile.cl](http://www.uchile.cl).



economía y literatura. Tanto unas como otras se encontraban para Blest en pleno pasaje de la infancia a la vida adulta y esto las salvaba del juicio final ya que, según sus palabras, “temerario sería pedir al arte que inicia su carrera las perfecciones del que cuenta largos años en el ejercicio...”. Esta idea evolucionista y hegeliana de los procesos culturales está obviamente arraigada en lecturas y en el espíritu de la época<sup>20</sup>. Entre las fuentes explícitas, figuran dos intelectuales franceses, Eugenio Pelletan (1813-1884) citado en el epígrafe del artículo de 1859<sup>21</sup> y Gustavo Planche (1808-1857) que fueron, ambos, muy próximos de George Sand, referencia de las más asiduas a lo largo de toda la obra de Blest Gana, incluso en este discurso, donde aparece una frase suya, extraída de *Histoire d’une vie*, de 1855.

En ese contexto de desfase entre lo que se entiende como la cultura madura productora de modelos por un lado, y el universo latinoamericano, concebido como una cultura en gestación, a camino de su perfectibilidad, es que todos los discursos locales se dan cita hacia el objetivo común de la construcción de la nacionalidad, un sentimiento que era necesario ir dibujando a través de la descripción de paisajes, usos, tipos, costumbres, etc. Esto estaba también en el aire en toda la región desde la llegada de las ideas progresistas desde Europa, entre otros, a través de Víctor Hugo y de Mariano José de Larra quienes anunciaban la importancia de un aporte de doble vía, entre arte y sociedad (“*a peuple nouveau, art nouveau*” decía Victor Hugo, 1828). La

---

<sup>20</sup> José Victorino Lastarria ya declaraba en 1842: “La democracia, que es la libertad no se legitima, no es útil ni bienhechora sino cuando el pueblo ha llegado a su edad madura y nosotros somos todavía adultos.” en *op.cit*, p. 6. Lo mismo argüía Andrés Bello en la inauguración de la Universidad de Chile, en 1843: “Porque en este, como en los otros ramos, el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la patria.”, en [www.uchile.cl](http://www.uchile.cl); y el hermano Joaquín Blest Gana hacía alusión, en 1848, al carácter evolutivo de la historia, de la sociedad y de la cultura, en que el pasado superado, español y retrógrado, y el presente, libre y progresista, mantenían una “lucha a brazo partido”, en *op.cit*, p. 242.

<sup>21</sup> Allí se lee la misma idea formulada por él mismo, dos años antes: “aspirar a obtener esa originalidad ántes que el estudio haya madurado las dotes naturales de la inteligencia, es presumir mui alto, sin razones para ello, i olvidarse de que todo ha menester de un principio para alcanzar después al perfeccionamiento deseado (sic).” *Op.cit*, p. 52.

idea venía transformándose en discurso en los países sudamericanos, desde 1837, con la fundación de la Asociación de Mayo en Argentina, en 1837.

Para Blest Gana, se trata de elevar la literatura a lo que él denomina el “camino de la filosofía” que ya habían encontrado los historiadores chilenos de su generación<sup>22</sup>. Es decir, era necesario que la literatura adquiriera, como ya lo había hecho la historiografía, un “método” para hacerse cargo de su “misión” social y política, dejando de lado el simple divertimento a que había sido relegada para, a partir de entonces, entrar de lleno en su “tarea civilizadora”. El escritor debía tornarse consciente de estar “al servicio de las buenas ideas”, hacerse “concienzudo” y adoptar un “tino juicioso”. En el horizonte de estas postulaciones se encuentran también sus lecturas de Balzac, a quien es ya casi un lugar común recordar cuando se hace referencia a su vocación literaria<sup>23</sup>. Seguramente, Blest Gana tuvo un primer contacto con la obra balzaquiana durante los años que pasó en Francia, entre 1847 y 1851, estudiando como joven cadete en el colegio de Versalles y luego en la Escuela del Estado Mayor<sup>24</sup>. Puede conjeturarse que el aspirante a militar, con “manía” y vocación literaria, también haya leído por esos años con devoción el *Avant-Propos* a la edición de la *Comedia Humana*, publicada en 1842.

Aunque descarta totalmente las convicciones religiosas y monárquicas que Balzac ostenta en ese texto, Blest se queda con el titánico proyecto del retrato de tipos humanos y del muestrario de virtudes y de vicios, que el realista francés se proponía realizar. El movimiento que lo lleva en este discurso a

---

<sup>22</sup> Blest Gana se refería aquí al grupo de grandes historiadores compuesto, entre otros, por Miguel Luis Amunátegui (1828-1888), Diego Barros Arana (1830-1907) y Benjamín Vicuña Mackenna (1835-1886).

<sup>23</sup> En carta al amigo Benjamín Vicuña Mackenna del 7 de enero de 1864, cuenta: “...desde que un día leyendo a Balzac, hice un acto de fe en mi chimenea, condenando a las llamas las impresiones rimadas de mi adolescencia, juré ser novelista, o abandonar el campo literario si las fuerzas no me alcanzaban para hacer algo que no fuesen triviales y pasajeras composiciones.” En Barros Franco, J.M, *Epistolario*, p. 36.

<sup>24</sup> Así lo afirma también Ricardo Latcham, en “Blest Gana y la novela realista” en Lastra, P. y Calderón A. (selección) *Varia Lección*, Santiago: DIBAM, 2000, p. 105.

pasar de la novela histórica de Walter Scott, con su verdad filosófica, al modelo de la novela de costumbres, es también muy similar al que dibuja Balzac en esa presentación de su obra.<sup>25</sup>

Pero si el discurso de Blest recupera muchas de las polémicas y cuestiones que ya estaban circulando tanto en Europa como en Chile desde los años cuarenta, hay un elemento no menos crucial que él parece ser el primero en introducir como reflexión y con el énfasis con que lo hace, y que dice respecto al papel del lector. Esto no es un detalle menor porque marca la diferencia y la especificidad de su definición sobre el papel de la literatura, pensada en cuanto agente cultural de transformación en una sociedad que se autodefine en pleno proceso de configuración, en transición hacia lo que se entiende como progreso. Como lo formula Julio Ramos, “a diferencia de Europa, donde la modernización, ya en el siglo XIX, operaba con discursos racionalizados, independientes del orden general del saber decir, en América Latina las letras siguieron funcionando como el medio del proyecto modernizador hasta las últimas décadas del siglo.”<sup>26</sup>

Blest Gana, como vimos, piensa la literatura en el contexto de lo que se observa como una comunidad todavía “inmadura” con respecto a Europa y con relación a eso, la incorpora a un conjunto de aspectos (económico, político, social) que deberán contribuir al “adelantamiento de los pueblos” y

---

<sup>25</sup> Balzac, Honoré de, *Prólogo a la Comedia Humana*: “Walter Scott elevaba, pues, al valor filosófico de la Historia la novela, esa literatura que de siglo en siglo incrusta de diamantes inmortales la corona poética de los países en que las letras se cultivan. Ponía en ella el espíritu de los tiempos antiguos, reuniendo a la vez el drama, el diálogo, el retrato, el paisaje y la descripción; hacía entrar en ella lo maravilloso y lo real, elementos ambos de la epopeya, y hacía que se codeara con la poesía la familiaridad de los más humildes lenguajes. [...] Aunque deslumbrado, por decirlo así, por la fecundidad sorprendente de Walter Scott, siempre semejante a sí mismo y siempre original, no me desesperé, pues encontraba la razón de su talento en la infinita variedad de la naturaleza humana. El azar es el mayor novelista del mundo: para ser fecundo, basta con estudiarlo. La sociedad francesa iba a ser el historiador, y yo tenía que limitarme a ser el secretario. Levantando el inventario de los vicios y de las virtudes, reuniendo los principales datos de las pasiones, pintando los caracteres, escogiendo los sucesos principales de la sociedad, componiendo tipos por la reunión de los rasgos de varios caracteres homogéneos, quizá pudiese llegar a escribir la historia descuidada por tantos historiadores: la de las costumbres.”. Madrid: Ed. Hermida, 2014, pp. 17-18.

<sup>26</sup> Ramos, Julio, *op.cit*, p. 45.

a “la causa del progreso”. Esta convicción de desfasaje con respecto a Europa, a que nos referíamos antes, está presente a cada paso del discurso: en la constatación de que América es “receptáculo de los progresos del Viejo Mundo”, en que es necesario superar la simple imitación de modelos, en que las letras nacionales deben salir de su etapa de infancia para entrar en su vida adulta, en que la suya es una época de transición y de contrastes entre lo viejo (lo que se conserva del coloniaje) y lo nuevo (lo que llega de la Europa decimonónica). Y esa sensación de un descompás que debe ser salvado por el avance de la historia lo impregna todo, superponiéndose a todas las demás esferas<sup>27</sup>.

Sin embargo, esta visión de la dependencia tiene también su contracara para Blest Gana, como lo esboza más adelante, al defender la posibilidad de dar a esa literatura que nace y ensaya sus primeros pasos, un carácter verdaderamente nacional. Gracias a su ya advertida actitud conciliadora y con una destreza discursiva admirable, Blest Gana observa que mientras llegan los vientos europeos, continúan en pie por aquí “vestigios del coloniaje” y formas arraigadas en el pasado; de ese encuentro entre lo que llega de ultramar como novedad y lo que aquí se conserva del pasado colonial, “del contraste que resulta de ese estado excepcional de nuestra sociedad, nacen variedad de tipos, multitud de escenas”. Adelantándose de manera intuitiva a las discusiones de un Ortiz, de un Cornejo Polar, de un Angel Rama, de un Roberto Schwarz y de un Antonio Candido (entre otros), nuestro orador está proponiendo en 1861 que lo nacional en la literatura consistiría en registrar y en darle expresión a las múltiples formas del encuentro de todos esos vectores, lo cual resultaría en la “fisonomía especial de nuestra sociedad”.

---

<sup>27</sup> Esta idea está esbozada por Susana Zanetti en su excelente libro, *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*, en el capítulo 4, donde aborda rápidamente el discurso de Blest Gana. Rosario: Ed. Beatriz Viterbo, 2002; pp. 157-158.

De aquí se desprende una de las grandes (si no la mayor) paradojas de todo el esquema ideológico que está por detrás de estas discusiones sobre lo nacional y que vino gestándose desde las primeras décadas del siglo XIX en América Latina: las sociedades americanas, desde sus culturas amerindias que a partir del contacto con Europa fueron internalizando una idea de inferioridad con respecto a ella, continuaron tomándola como modelo de perfectibilidad, incluso tras los movimientos de independencia que demonizaron a España en un primer momento<sup>28</sup>. Encontrar lo nacional entonces era adoptar esos modelos europeos para aplicarlos a lo que se entendía como autóctono y propio, aprendiendo las formataciones, para introducir en ellas ese nuevo contenido...El discurso de Blest Gana -como el de Lastarria y el de todos los intelectuales liberales de la primera mitad del siglo XIX- es ejemplar en este esfuerzo por parecer diferentes (nacionales) continuando los mismos y adoptando las pautas tradicionales del esquema occidental que, si por un lado nos aproximaban, por el otro nos distanciaban cada vez más de esos mismos modelos. El resultado fue el carácter exótico que esos “nuevos contenidos” aportaron al sistema general del cual además éramos dependientes. En una de sus últimas novelas, “Los trasplantados” de 1904<sup>29</sup>, Blest Gana explorará de modo impiedoso y patético esta aporía, fruto de la ideología evolutiva que se fue proyectando a lo largo de todo el siglo y que llegó hasta avanzado el veinte, si pensamos en las reflexiones de un Carlos Fuentes o de un Octavio Paz. Sabemos que ambos consideraron y terminaron por transformar en verdad que la narrativa hispanoamericana realmente original y autóctona nacía finalmente con el boom, en los años

---

<sup>28</sup> En el discurso de Lastarria se lee: “Apenas ha amanecido para nosotros el 18 de setiembre de 1810, estamos en la alboreada de nuestra vida social, y no hay un recuerdo tan solo que nos alague, ni un lazo que nos una a lo pasado antes de aquel día. Durante el coloniaje no rayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo. ¡Y como había de rayar! La misma nación que nos encadenaba a su pesado carro triunfal permanecía dominada por la ignorancia y sufriendo el ponderoso yugo de lo absoluto en política y religión (sic).”, op.cit, p.

<sup>29</sup> Según Domingo Amunátegui Solar (1925), esta novela parece haberse inspirado en *Les déracinés*, de Maurice Barres. Apud. Manuel Rojas, *Blest Gana. Sus mejores páginas*, Santiago: Ercilla, 1961, p.28.

1950 y 1960...<sup>30</sup> Por otro lado, sabemos también que corrieron desde muy temprano y en paralelo, posiciones diametralmente distintas, a favor del hibridismo y contra el nacionalismo literario, como las de un Machado de Assis<sup>31</sup>, de 1873, de un Pedro Henriquez Ureña (1926) y de un Jorge Luis Borges (1939).

El prisma desde el cual se produce el discurso de Blest Gana es, por lo tanto, fundamental porque incluso el camino que lleva de la novela histórica a la de costumbres pasa, no por una tentativa de superación estética, formal y en última instancia filosófica, como en Balzac, sino por una preocupación de índole esencialmente pragmática y extra literaria, la del interés de llegar a la comprensión de la mayoría del público lector, más allá de “la gente de esmerada educación”, para influir sobre él y propagar eso que él entendía por lo nacional y por progreso. Se trataba entonces de crear un número cada vez más amplio de lectores.<sup>32</sup> Esto es crucial en su visión del problema del lugar de la literatura y de las consideraciones que sobre ella irá a trazar en su discurso. De hecho, lo que lo lleva a privilegiar la novela en desfavor de la poesía, es su menor dificultad de comprensión para el lector común<sup>33</sup>.

---

<sup>30</sup>Mi idea aquí es que en realidad toda esa concepción evolutiva de la cultura que supone en su fin una etapa de emancipación, está equivocada desde la raíz. Toda cultura está en relación con otras, anteriores y contemporáneas, con las cuales dialoga desde siempre y a todo momento. Ninguna manifestación cultural tampoco es ajena a factores determinantes como la economía, el mercado, las estructuras de poder político y social, en cuyo centro se realiza. Pensándolo bien, y dentro del mundo globalizado de hoy, seguimos siendo culturas dependientes, en la medida en que somos mercados y economías dependientes. La diferencia es que sabemos hoy que, a su manera, también son dependientes de las mismas premisas mercadológicas y de poder, las literaturas de las regiones supuestamente más avanzadas...

<sup>31</sup> Ver 1. “Instinto de nacionalidad” (1873) en *Obra Completa* (vol.3), Rio de Janeiro: Ed. Aguilar, 1962, pp. 801-809; 2. *Obra Crítica*, México: Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 241- 253; y 3. “El escritor argentino y la tradición” en *Discusión* (1939). *Obras Completas*. Buenos aires: EMECÉ, 1974, pp. 267-274.

<sup>32</sup> Esta propuesta, como bien resalta Juan Poblete, hacía avanzar lo que ya Sarmiento había expuesto en su artículo “la publicación de libros en Chile”, de 1841. Poblete, Juan, *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago: ed. Curto Propio, 2003; pp. 19-96.

<sup>33</sup> Algo de esta fe en el papel formador y transformador de la literatura permanecerá en un Julio Cortázar, por ejemplo, quien cien años después abogaba por la formación de un público lector como agente de transformación de la realidad social...

Vale destacar aquí que esta defensa de la lectura cada vez más democrática y extensiva encontraba todavía, hasta finales del setenta, muchas voces contrarias que consideraban perniciosa la ampliación del circuito de la lectura de libros a todas las esferas sociales<sup>34</sup>. Contra ese lugar común del conservadurismo aristocrático y elitista chileno, y respaldado por contemporáneos como Sarmiento y Lastarria, él abogaba por la misión instructiva de una novela que “sin descuidar la forma ni atropellar el buen gusto” dirigiese sus esfuerzos “a satisfacer las necesidades de esta gran mayoría de toda población”.

Y para no atropellar el buen gusto ni la forma, el discurso desemboca finalmente en una breve digresión sobre la crítica literaria y el papel que Blest Gana le atribuye, dentro del contexto general de su concepto de literatura nacional. En el artículo de 1859 al que nos hemos referido antes, su constatación era de que los “mordaces i punzantes sarcasmos” que había recibido de la retrógrada y mojjigata *Revista Católica* por su primera novela, *Una escena social*(1853), estaban superados hacia finales de la década y el terreno parecía haber cambiado: “los escasos juicios que en los últimos tiempos ha producido nuestra prensa, en análisis de obras nacionales, han llevado el sello de la generosidad i del buen criterio reconociendo el mérito i atenuando con indulgencia los defectos (sic).”<sup>35</sup> En esta acepción, la crítica literaria aparecía como un censor indulgente que permitiría entonces el libre ejercicio de la práctica novelesca. Ya en el discurso de dos años después, el que nos ocupa aquí, Blest Gana considera que en realidad la “buena literatura” depende de la crítica y se vale de una analogía con la política para explicarlo: “Si, como con sobrada justicia se dice, no puede haber un buen sistema parlamentario sin oposición, tampoco puede haber

---

<sup>34</sup> Léase el capítulo “La construcción social de la lectura y la novela nacional” de Juan Poblete en *op.cit.* pp. 19-64.

<sup>35</sup> Blest Gana, Alberto, *op.cit.*, p. 52.

buena literatura en un país sin la intervención de la crítica”. Este paralelo con la dinámica de antagonismos en política conduce directamente a la idea de la crítica literaria como “oposición” necesaria, como reguladora, contenedora de extrapolaciones y censuradora del “olvido de preceptos capitales”. También aquí se puede observar la misma concepción edificante que pulsa en toda su visión de la literatura chilena, en pro de la construcción de una sociedad progresista y liberal, en los términos en que se manejaban esos dos conceptos hasta muy avanzado el siglo XIX.

El último párrafo expone con bastante elocuencia el deseo de control y el ademán diplomático que lo irán a distinguir de ahí en adelante. Esos gestos discursivos se traducirán en una prudencia literaria que para muchos de sus críticos, constituye también su talón de Aquiles: “ni profundo psicológico ni refinado artista” dirá Hernán Díaz Arrieta<sup>36</sup>, un “arte del equilibrio, de la medida y de las medidas prudentes. ¡Táctica de diplomático más que tacto de narrador!”, arremata Jaime Concha<sup>37</sup>.

El discurso de Blest Gana fue leído frente a una platea compuesta por intelectuales connotados de la época que integraban en ese momento el colegiado de la Universidad de Chile, y que en el contexto de la Santiago de mediados del diecinueve eran los miembros de la pequeña familia oligárquica chilena cuyos nombres iban emparentados entre sí. Alberto Blest Gana, siendo uno de ellos, asumiría rol protagónico en lo que para él era fundamental: la gesta de la construcción de modelos de equilibrio, sensatez y prudencia para el desarrollo de la nación. No cabe duda de que fueron esos los nortes que guiaron su gestión como hombre público y su labor creativa. No cabe duda tampoco de que esas mismas características echaron raíces en la idiosincrasia chilena, al menos así fue como lo imaginaron las élites, desde

---

<sup>36</sup> Díaz Arrieta, Hernán (Alone), reseña de la edición de 1973 de *Martín Rivas* (Santiago: Ed. Quimantú), en su columna “Crónica literaria” de *El Mercurio*, 15 de abril de 1973.

<sup>37</sup> Concha, Jaime, op.cit. p. XIV.



sus puestos de dominio en los campos de la educación, del periodismo, de la diplomacia.

En el caso de este letrado chileno, supo manejarse con habilidad en los ámbitos sociales y políticos, y el exilio de casi sesenta años le jugaría a su favor, permitiéndole alejarse de la contingencia y elaborar, por la ficción mediante, una imagen de su país anclada en la memoria y en la distancia. Eso le otorgó el puesto de medio tono, de entrelugar contradictorio con que se aproximó a la realidad que intentó retratar en sus novelas<sup>38</sup>. Pero ese es tema de otra reflexión.

---

<sup>38</sup> Este alejamiento le valió críticas mordaces, sobre todo hacia el final de su gestión como diplomático chileno en el exterior. Todo indica que su dimisión fue motivada en gran parte por ellas. Aquí también es sugestiva la posibilidad de aproximación con Julio Cortázar, exiliado en París desde donde escribió igualmente parte considerable de su obra hasta el fin de sus días. Hay en esas dos experiencias, en esa visión de lo patrio desde suelo tan lejano, un vértice romántico compartido ... (en "el intelectual y la política en Hispanoamérica", en *Obra crítica 3* (org. S. Sosnowski), Barcelona: Ed. Alfaguara, 1983; pp. 113-130.